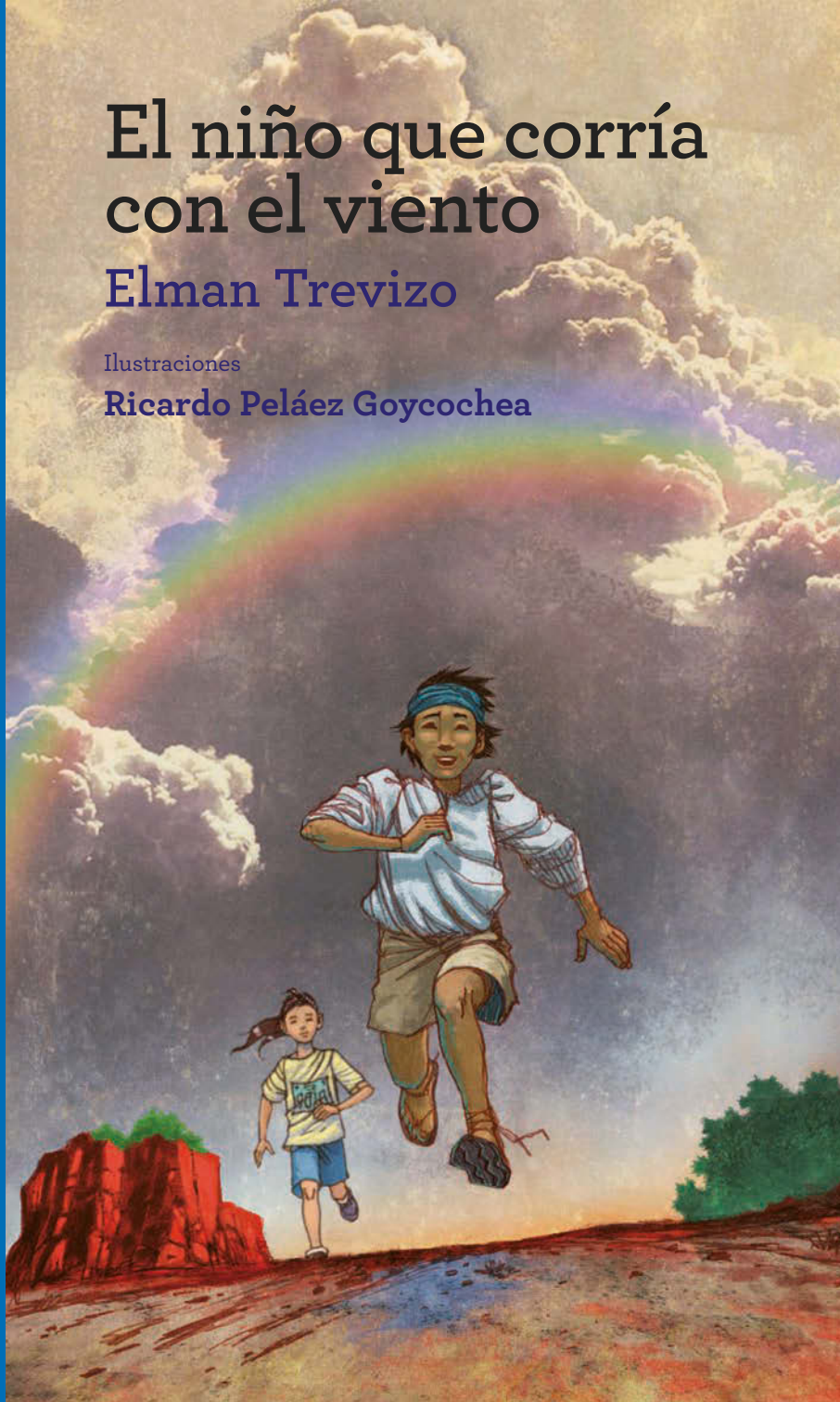


El niño que corría con el viento

Elman Trevizo

Ilustraciones

Ricardo Peláez Goycochea



El niño que corría
con el viento



El niño que corría con el viento

Elman Trevizo

Ilustraciones

Ricardo Peláez Goycochea

 Norma

mx.edicionesnorma.com

D.R. © 2015, Elman Trevizo Higuera
D.R. © 2015, Norma Ediciones, S.A. de C.V.

D.R. © 2017, Educa Inventia, S.A. de C.V.
Av. Río Mixcoac 274, piso 4°, Colonia Acacias,
Benito Juárez, Ciudad de México, C. P. 03240.

Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
sin permiso escrito de la editorial.

* El sello editorial “Norma” está licenciado por Carvajal, S.A. de C.V. a favor de
Educa Inventia, S.A. de C.V.

Segunda edición: mayo 2019
Primera reimpresión: abril 2020

Edición: J. Lizbeth Alvarado Mota / Lorenza Estandía González Luna
Ilustraciones: Ricardo Peláez Goycochea
Diagramación: Itzel Castañeda

Impreso en México – *Printed in Mexico*

SAP: 61089174
ISBN: 978-607-13-0908-2

*Esta historia es para todos los corredores
con los que he compartido kilómetros*



Chacarito nació para correr entre las montañas. Comenzó a hacerlo desde muy pequeño y desde entonces no paraba. Nadie lograba alcanzarlo. Era igual de inquieto que las aves del bosque, aquellas que vivían junto a su casa y que cantaban entre los árboles apenas se asomaba el sol entre las montañas.

Cuando estaba con sus amigos inventaba juegos en los que debían correr a toda velocidad. Jugaban, por ejemplo, a patear por horas una pelota de madera entre los barrancos o a correr para ver quién saltaba más alto y guardaba el equilibrio entre las rocas de las montañas.

Chacarito era un niño tarahumara que vivía en una casa de madera en lo más alto de la sierra, rodeado de la naturaleza, de sus familiares y de sus amigos en un clima muy caluroso o muy frío, dependiendo de las estaciones del año: a veces nevaba, y otras veces las calles parecían derretirse con los fuertes rayos del sol y todos buscaban lo fresco de la sombra.

A Chacarito le gustaba correr siempre para todos lados, pero lo que más disfrutaba era correr entre la nieve, o en las noches de cielo estrellado o con la luna muy grande. Algunas veces pensó que podría trepar hasta ella y visitar al enorme conejo que ahí vivía. Si subía hasta ahí, correría alrededor toda la noche y regresaría en la mañana, justo cuando el Sol empezara a despertar entre bostezos y la Luna se pusiera su pijama blanca para irse a dormir.

Si lograba subir hasta la Luna, quizá pudiera jugarle carreras al conejo. Los conejos tenían fama de correr muy rápido y aguantar muchos kilómetros. El niño corredor le jugaba carreras a todo el que encontraba en la calle de su pueblo. Muchos aceptaban el reto del niño y él siempre llegaba primero o al mismo tiempo.

Su mamá apenas le podía seguir el paso. Cuando creció y pudo andar solo entre la sierra le



jugaba carreras a su sombra para divertirse, aun sabiendo que, aunque se esforzara por dejarla atrás, su sombra estaría siempre pegada a él.

Se dice que un día, cuando un caballo andaba desbocado en las calles del pueblo, haciendo destrozos sin que nadie pudiera pararlo, Chacarito lo vio, empezó a correr tras él a toda velocidad, lo persiguió algunos minutos por las calles y logró alcanzarlo para luego montarse en su lomo y domarlo. Desde entonces Chacarito era conocido como el niño que le jugó carreras a un caballo y le ganó.

Con el tiempo Chacarito se convirtió en el corredor más importante de su pueblo en la sierra, un lugar que muchos conocen porque ahí viven hombres y mujeres que pueden durar días corriendo entre las rocas, las hierbas, los animales y los árboles. Los tarahumaras, o rarámuris como ellos se dicen, se alimentan de maíz y frijol cuando tienen buena cosecha, es decir, cuando la lluvia cae sobre las plantas para hacerlas crecer. La palabra tarahumara significa “los de los pies ligeros”, por su facilidad para correr a la misma velocidad que el viento. Chacarito sabía que llamarse a sí mismo tarahumara significaba que debía ser siempre muy buen corredor.

En su pueblo, cada año, se organiza una carrera a la que van corredores de todo el mundo. Cada comunidad de la Sierra Tarahumara escoge a dos o tres hombres para que corran medio día. A Chacarito lo escogieron en Tomóchic, el pueblo donde nació. Es un lugar que día y noche huele a madera porque está lleno de pinos y llueve casi todo el año, haciendo que nazcan cascadas y lagos que surgen de las rocas, al principio tímidamente, pero luego con una bravura que asusta a quienes no conocen el carácter del agua. Las cascadas y los lagos que se forman llegan hasta el mar y se convierten en agua salada; entonces, mucha de esa agua se vuelve mansa y relajada.

En el pueblo de Chacarito la temporada de tormentas había acabado y todos en la Sierra Tarahumara empezaron a organizar la carrera.

Aunque corría todos los días y para todos lados, Chacarito no se confió y comenzó su entrenamiento. Quería dar su mayor esfuerzo mientras disfrutaba de las nubes, de la montaña, de los árboles y hasta de las hormigas que rozaban sus huaraches mientras recorría todos los caminos, los arroyos y las cascadas.

El niño Chacarito siempre tenía puesta la vestimenta de su pueblo: huaraches hechos

con trozos de neumático, calzón de tela, camisa de cuadros y un paliacate cubriéndole la frente. Cuando había fiesta en el pueblo su mamá le compraba zapatos y ropa nuevos para que danzara toda la noche junto con sus amigos. En la Sierra Tarahumara todos se conocían y se divertían bailando al compás de los instrumentos musicales. Los adultos eran los danzantes que todos seguían, y los niños sólo lo hacían por diversión. Todos juntos danzaban para dar gracias por la cosecha y por la buena salud.

En el pueblo sólo se organizaban fiestas en los días muy especiales, el resto del año todos se dedicaban a trabajar o estudiar. Chacarito iba en las mañanas a la escuela, a un lugar a muchos kilómetros de su casa. Ahí le enseñaban español y rarámuri, el idioma de la sierra. A veces mezclaba palabras en los dos idiomas. Cuando llegaban turistas a su pueblo tenía que hablarles en español para que le entendieran, o a señas, si eran de países donde no se hablara español.

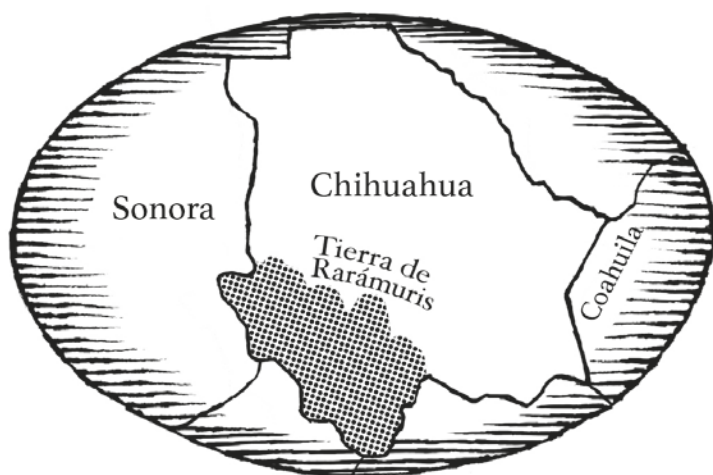
En las vacaciones Chacarito aprovechaba para servir de guía a algunos turistas. Los llevaba a algunas cuevas a conocer los arroyos, las cascadas y los ríos. Conocía tan bien la sie-

rra que podía incluso recorrerla con los ojos cerrados. Pero sólo lo hacía en las vacaciones, porque el resto del año dedicaba todo el día a aprender cosas nuevas en la escuela.

Como le gustaba tanto correr, todas las mañanas aprovechaba para trotar con su morral en la espalda, donde llevaba comida, cuadernos, libros y lápices. Mientras Chacarito estaba en la escuela, su papá se dedicaba a sembrar maíz y frijol para comer y su mamá tejía artesanías de palma, como joyeros o canastos que vendía a los turistas que llegaban en el tren que atravesaba las montañas. Chacarito a veces le jugaba carreras a ese tren, pero nunca lograba ganarle, y sólo le quedaba saludar a los pasajeros y, con una sonrisota, desearles feliz viaje. Él nunca había salido de su pueblo, pero soñaba con que alguna vez tomaría ese tren para viajar muy lejos y conocer el lugar donde el río se junta con el mar. Por lo pronto, su único medio de transporte eran sus dos piernas y soñaba también con ganar su primera carrera. Imaginaba que al llegar a la meta le darían de premio algunas bolsas de maíz, unos nuevos huaraches y un polvo de maíz al que llamaban pinole.



Para poder ganar, Chacarito entrenó por muchas semanas. Sabía que aquélla era la carrera más importante de la sierra. Todos los habitantes bajaban de sus cuevas y cabañas para ver a los corredores. Aprovechaban para hacer una fiesta en la que servían muchas tortillas de maíz con frijoles y algunos trozos de carne. Esas semanas que estuvo preparándose, Chacarito fue tratado como un gran guerrero y le daban de comer para que tuviera fuerzas suficientes. Si ganaba él, ganaba todo el pueblo. Si perdía, todos estarían tristes por semanas, meses y años, y no habría danzas, ni tortillas de maíz con frijoles ni carne. Habría sólo caras largas.



A muchos kilómetros de donde vivía el niño tarahumara había un pueblo llamado San Antonio de los Arenales, donde las personas se dedicaban a cosechar manzanas y duraznos. El lugar era un poco más grande que Tomóchic y ahí, en una calle empedrada y angosta, vivía Iris, una niña que comenzó a correr desde muy pequeña porque tenía el sueño de ser una gran corredora e ir a unos Juegos Olímpicos para competir con corredores de todo el mundo y salir en la televisión. Y como sabía que los sueños no son fáciles de conseguir, sólo dejaba

de correr cuando llovía muy fuerte o hacía mucho viento porque, en aquel pueblo en donde vivía, el viento parecía estar enojado y lanzaba las cosas de un lado a otro.

Por eso, porque tenía miedo de que el viento la levantara y la llevara a otro lugar, Iris no corría en esos días ventosos o huracanados con lluvia. El resto de los días nadie la paraba. Para ella el mundo era velocidad, braceo, levantar las rodillas lo más alto que pudiera, sonreír, respirar por nariz y boca, y al final imaginar que llegaba a una meta entre aplausos y gritos; luego le daban una medalla o un trofeo, la subían a un podio, levantaba los brazos en señal de triunfo y le tomaban fotografías.

Para que todo aquello que estaba en su cabeza se hiciera realidad, si su mamá le encargaba que fuera a la tienda, Iris iba corriendo; tomaba el tiempo en su reloj y checaba si había roto su récord de la semana anterior. Llevaba el registro en un cuaderno que ella llamaba *El cuaderno de mis tiempos*. Lo tenía desde que aprendió a escribir; en él ponía la fecha, la hora, la distancia que había corrido y el tiempo que había obtenido. Así pudo ver que sus tiempos de cuando tenía seis años ahora se reducían a

la mitad, quizá porque sus piernas y brazos estaban más largos y fuertes.

Algo que también cambió con el tiempo fue que, cuando era muy pequeña, jugaba a quitarle del hocico a un dragón de piel de agua una llave mágica. O al menos eso pensaba que perseguía: un enorme dragón que lanzaba fuego y quemaba todo lo que encontraba a su paso. Según Iris, esa llave abría el cofre en el que un corredor había guardado todos los secretos para correr más rápido. Por querer quitarle esa llave al animal un día estuvo a punto de sufrir quemaduras en las pestañas, pero ella logró quitarse a tiempo y sólo le quemó unos cuantos cabellos.

Al verla perseguir al supuesto dragón, todos le decían que no era más que el perro gris de la vecina al que le gustaba jugar con ella. Ningún animal que aventara fuego por el hocico vivía en la vecindad, ni en ningún otra parte del mundo, pues los dragones no existen.

La primera competencia en que participó fue la del colegio donde cursaba preescolar. Le tocó ubicarse en el segundo carril y recorrió los cincuenta metros con facilidad. Llegó antes que todas las demás corredoras, que eran más altas que ella. De premio recibió una medalla

